Ocios de un lector

MIGUEL ÁNGEL ECHEGARAY

Era máscara y a la vez estaba desenmascarada

Ramón Gómez de la Serna

La obviedad siempre es riesgosa: *Miradas subversivas* es un auténtico libro de viajes. Un nuevo libro que sin dificultad se abre camino en nuestra literatura, tan escasa en este género. Pero más allá de lo evidente, nos encontramos también con un libro *predecible*. Me explico: no una variación ni una rareza sino la prolongación de la obra de Sergio Fernández, marcada y urdida —eso sí— con persistentes viajes.

Volvamos la cara a la Roma de *Los peces*: esa ciudad "cuyas alas frontales se pliegan en sus fundas cuando llega la noche"; el sitio en el que "se atropellan las raíces del mal y de la salvación: son actitudes que por ser sucesivas se vuelven automáticas; modos vivos, emocionados, que esconden el pico debajo de las alas". Una Roma que "jadea al paso que animales de todos se huelen y perturban hiriendo con los dientes el árbol de granada". En fin, esa Roma que "trabaja de memoria su ideal".

¿Y en *Segundo sueño*? ¡Qué decir de Colonia y la mala sombra que acompañó al narrador en ese viaje...

> Con su Catedral que tiende también —como la ciudad misma— a una soberbia pronta a enguantarse para que nadie la maltrate, un poco raída, es verdad, de modo que al subir y perderse en la lluvia queda vacía de todo grano de color.

Esa Colonia tullida y quejumbrosa, que provoca la evocación: "¿Qué puede ser más bello, más clandestino también, que ese caracol encallado en las ciénegas, ese molusco enfermo que se llama Venecia?"

No es necesario que me extienda más... desde Salvador Bahía, Brasil, ciudad que "es un sonido; el movimiento vibrante de los cuerpos tendidos en el aire", hasta la Guadalajara de su infancia, la de su enmallada adolescencia", que desapareció de la memoria para mostrarle, "en un gesto de entraña, carnavalesco, el otro lado de la vida", según refiere uno de los desfiguros de su corazón.

Recapitulo: si se le desgaja de su estirpe literaria, compleja, amanerada y no pocas veces cruda, entonces sí encontramos lo que por convención llamamos libro de viajes; mas sí no se apetece el deslinde —un mero artificio de lectura— entramos de nueva cuenta a una escritura que hace del viaje un delicado y silencioso motor. Una escritura que se cifra en el descentramiento para situarse y hallarse a sus anchas en una excentricidad que, no por ilimitada, es menos tangible.

Es en esa escritura, liberada de cercos y de alusiones a la moral dominante, donde desfilan las pasiones, o mejor las *necedades* de Sergio Fernández: el arte que siempre está revelándosele y rebelándosele; la religión y sus jorobas preferidas: el deseo y el pecado; el erotismo indestructible y el desfiguro domesticado por la letra; el arrepentimiento melancólico y el cinismo de la osadía; el chisme picoso y la mezquindad siempre haciendo números... Me olvidaba: la envidia, ese reverso que muestra toda alma.

La mirada de Sergio Fernández subvierte las apariencias para despojarlas de su pequeña fuerza —nada más precario que lo aparente—, para después pasar por encima de sus ruinas y olvidarlas por completo. Una victoria extraña y caprichosa, como suelen ser todas las victorias, que le permite a su literatura abismarse y confundirse con lo visto: el histerismo sexual de la beata Albertoni; el exceso místico de Santa Teresa; *nuevas* expresiones de Bernini; *El Cristo podrido* de Valdés Leal, y la *Capilla Sixtina, escultura* pintada por Miguel Ángel.

Las artes plásticas y la literatura subsumidas una en otra. No se trata de ejercicios afortunados de crítica de arte, ni de simples recreaciones o metaforizaciones de lienzos y esculturas. Es la beligerancia de la palabra que se asume poderosa. Según Fernández,

> todas estas esculturas viven una existencia singular, diferente de la poesía. Repito que ni en la plástica ni en la música el hombre expresa una entidad completa. Está segmentado, obviamente separado del resto de su totalidad: si escucha no ve; si siente no toca; si gusta no padece, etcétera.

Pero la palabra también está sitiada por la representación y por la sonoridad. Lo cierto es que imagen, palabra y sonido no están quietos, ni cesan de moverse porque son los habitantes consentidos de la Babel moderna: sólo pinto lo que veo; sólo escribo lo que veo; sólo escucho lo que veo; sólo escribo lo que pinto y escucho y pinto y escucho lo que escribo.

Porque, como escribe Maranhao, "lo que está en el verbo está en la carne ...", y es así que en la novela —señala Fernández— es donde "paradójicamente lo resbaladizo de la vida es el asentamiento del personaje y del lector". La escultura y la pintura gozan de otra duración interior, su tiempo es otro, distinto de la palabra. Su tiempo es la forma... Y, sin embargo, prosigue la fidelidad al *engaño colorido*, el acoso de los significados variables y acomodaticios, que no se atienen a la forma como unicidad de las artes plásticas.

También en este libro reaparece un personaje —vieja conocida de la obra de Sergio Fernández—: Sor Juana, la monja de la discordia (en su época y en la nuestra). Personaje, inspiración, metamorfosis... cuántas cosas podrían decirse de lo que ha significado la monja jerónima en la narrativa y la ensayística del autor. Materia abundante para otros ensayos que, necesariamente, recalarían en el nudo que —al igual que ocurre con los Contemporáneos— ha trenzado la discusión en distintas estaciones intelectuales del siglo.

Sor Juana, en *Miradas subversivas*, es un rastro que persigue un investigador —no muy agitado por cierto— que le permite volver a perderla, pues su comercio con la monja no se reduce al dato sino que se despliega en los laberintos de su poesía. La mujer genial lo evade y él se contenta con dibujar lo que ha tocado su fantasma.

Venecia: el bello molusco abre su concha durante el carnaval. Colmada de disfraces humanizados que por unos días esconden en la nada sus nombres y apellidos. Anónimos que se fingen signos enfundados. El carnaval, según Fernández, es el gran arcano de la mundanidad: porque el disfraz y la máscara engullen el sueño de la identidad. Recordamos a Nietzsche: "todo lo que es profundo, ama la máscara".

El carnaval es la huida de la orfandad; rebeldía vana, pues ese desamparo nutre al destino. No hay escapatoria ante lo estrafalario de la vida, ni tampoco frente a su solemnidad. La máscara nos fascina y si queremos nos engaña, pero solamente a nosotros, pues, diría Lope, habría que buscar las máscaras para engañar a la muerte. La belleza de Venecia es, paradójicamente, el éxtasis de su moribundía: no desaparece por el azote del mar pero sí perece por su secuestro en un museo... Es lo que duele al narrador, pues sabe bien que la hermosura del mármol se aviene con la de la carne... por eso él ama Venecia, por eso sus libros son deliciosos desfiles de carnaval... ◆

Sergio Fernández: *Miradas subversivas*, CNCA (Col. El Guardagujas), México, 1997. 268 pp.

La Gaceta
del Fondo de Cultura Económica

➢ EDMUND WILSON: **El camarada príncipe**
➢ JUAN MALPARTIDA: **Antonio Machado y Octavio Paz: hacia una poética de la otredad**

Homenaje a William Faulkner

➢ SYLVIA MOLLOY: **El lector con el libro en la mano**
➢ JULIO ORTEGA : **Salvador Garmendia y la novela por hacerse**

Poesía de: DJUNA BARNES, LOUISE GLÜCK y JOHN DREXEL

NUEVA ÉPOCA NÚMERO 323 NOVIEMBRE DE 1997